



EL CORTANTE DE CADIZ.

ROMANCE EN QUE SE DECLARA LA FELIZ FORTUNA que tuvo un hijo de un Cortante de la Ciudad de Cádiz, llevàndoselo un Mercader á las Indias: dase cuenta como volvió á España, y se casó con la hija del Mercader que fue causa de su desgracia, siéndolo tambien de su dicha y prosperidad; como mas largamente verá el Lector.

PRIMERA PARTE.

O Gran Dios de la verdad,
Criador de tierra y cielo,
Monarca amoroso y justo,
Dios piadoso y Rey excelso!
Son tus secretos, Señor,
tan altos y tan supremos,
que aun vuestra querida Madre
jamás pudo comprenderlos,
pues vos sois solo el que sabe
con un saber tan inmenso,
fin y principio de todo,
comprendiendo todos tiempos,

como lo afirma esta historia,
que podrá servir de ejemplo,
la cual sucedió á un Cortante,
y es como aqui lo refiero.
En la gran Ciudad de Cádiz,
de España famoso puerto,
habitaba un Mercader
de mucha hacienda y dinero,
lado por lado de casa
de un Cortante; y en efecto,
como los dos eran ricos,
se guardaban el respeto

atentos y cortesanos.
Pero lo tenia á menos
la muger del Mercader,
y un dia estando comiendo,
esta dijo á su marido:
quisiera, querido dueño,
de que vuestra voluntad
viniera bien con mi intento,
y fuera cuerda eleccion
lo que ahora es solo consejo.
Y es que veais si el Cortante
quiere la casa vendernos,
visitándole á este fin.
Y él respondió: no lo creo,
porque es rico y poderoso;
mas yo lo veré bien presto.
Al otro siguiente dia
pasó el Mercader atento
á la casa del Cortante,
y le recibió contento,
propuso su peticion
despues de muchos rodeos
que buscó para entablarla.
Pero con términos buenos
el Cortante le responde:
yo quisiera que eso mismo
usted lo hiciera conmigo,
pues necesito por cierto
de haber de ensanchar la casa
por la familia que tengo,
que vá á mas en cada dia;
y si quiere, pida precio,
no repare por doblones
que cantidad tengo de ellos.
Quedó el Mercader corrido;
y apenas se despidieron
se fué sentido á su casa:
salió su esposa corriendo
á saber de lo tratado,
por ver qué habia de nuevo.
Dióle á su esposa la nueva,

y viendo que no hay remedio,
dejaron su pretension,
aunque siempre allá en su pecho,
formando de aquesto agravio,
el sentimiento tuvieron,
que les movió la venganza,
como adelante veremos.
Las dos mugeres en cinta
se hallaban en este tiempo,
y cuando llegó la hora,
al Mercader le dió el cielo
una niña, y al Cortante
un niño agraciado y bello.
Pasáronse algunos meses,
criándolos con esmero,
y el Mercader dos esclavos
tenia, y con el pretesto
de pasear á la niña
por diversion y recreo,
en la casa del Cortante
era el entretenimiento.
Allí jugando la niña
con el niño, tal afecto
y tanta benevolencia
llegó á reinar entre ellos,
que en estando divididos
lloraba el niño, y gimiendo
estaba la niña en casa:
y su madre viendo esto,
ya con alguna sospecha,
les dijo: pues como es esto,
dónde llevais á la niña,
que aquí no calla un momento,
y cuando salís de casa,
parece vé el cielo abierto?
Respondieron los esclavos,
señora nuestro paseo
es en casa del Cortante,
donde hay un niño pequeño,
con quien la niña se alegra
entretenida con juegos.

Aquí vino á reventar
la cólera que en su pecho
tenia reconcentrada,
y así con dañado intento
llamando aparte á un esclavo,
le dijo: sabrás que quiero,
Mostafá, que te libertes,
y también tu compañero,
como ejecutes un lance,
pero ha de ser con secreto.
Y es, que saqueis esta tarde,
y echeis al profundo seno
del mar, del Cortante el niño,
y si lo haceis, os prometo
poneros dentro de Argel
á costa de mi dinero,
y advertid que importa mucho.
Los esclavos que esto oyeron,
por lograr la libertad
á casa del Cortante fueron,
como otras veces solian,
y así que ocasion tuvieron
al tierno niño sacaron
á orillas del mar soberbio,
y al arrojarle á las aguas
los dos se compadecieron:
dejáronle á las orillas
sin matarle, y se volvieron
á la ciudad al instante.
Las puertas cerraron presto
de la bahia, y el niño,
quedó en la arena durmiendo.
Al cabo de poco rato,
despertado ya del sueño,
comenzó á llorar el niño,
y un Mercader á este tiempo
de las Indias, que esperaba
tener favorable el viento
para marchar á su patria,
y oyó los tiernos lamentos,
mandó sacasen la lancha,

para ver lo que era aquello.
Vieron el hermoso niño,
piadosos lo recogieron,
y al navio lo llevaron,
donde el Mercader atento
le recibió, y con cariño
en sus brazos se lo han puesto,
diciéndole con ternura:
de quién serás, niño bello?
qué corazon tan ingrato,
tan impío y tan protervo,
aquí ha podido dejarte
á mil desdichas espuesto?
A las dos de la mañana
tuvo favorable el viento,
tiró una pieza de leva,
y así el navio moviendo
se llevaron al infante
con alegría y contento.
Quién llegará á contemplar
el dolor y sentimiento,
la angustia, pena y fatiga
que aquella noche tuvieron
los padres del angelito,
sin saber si es vivo ó muerto?
Siguieron pues su viage,
y al niño lo mantuvieron
hasta llegar á las Indias,
dándole vizcocho y huevos.
Apenas llegó á su casa
el Mercader, le salieron
á recibir sus amigos
y tambien todos sus dandos,
y á su esposa le entregó
el hermoso niño tierno,
dándole cuenta de todo
el referido suceso.
Y por si no era cristiano,
luego al instante le dieron
el Bautismo de la Iglesia,
y por nombre le pusieron

José, y así se llamaba;
ó Dios qué raro secreto!
Con cariño lo criaron,
cual si fuera hijo, y viendo
su buena disposición
cuando fue en edad creciendo
lo inclinaron al estudio,
y aprovechó en breve tiempo,
siendo cortés y bizarro,
y aplaudido en todo el pueblo.
Llegó á tener veinte años,
y al Mercader á este tiempo
ofreciósele un viaje,
y á Pepe le dijo esto:
hijo, cuida de mi casa,
pues de ella te quedas dueño;
cuida tambien de tu madre,
y á tu hermano te encomiendo,
que esté bien adocetrinado:
dale buenos documentos,
que yo me voy á un viage,
no sé cuando nos veremos.
Despidiéronse llorando,
hizo salva, y se partieron.
El mozo se quedó en casa,
y estando un dia leyendo,
reprendió á su hermano, y este
le respondió muy soberbio
con palabras descompuestas;
y viendo su atrevimiento,
porque miedo le tuviera,
y le guardase respeto,
alzó la mano, y le dió

un bofetón, porque atento
y no osado se criase;
y él entonces fue corriendo
á contárselo á su madre,
que estaba en otro aposento.
Díjole como su hermano
le maltrató; y sin acuerdo,
al ver llorar á su hijo,
hecha una víbora ardiendo,
salió, y á pocas palabras,
falta ya de sufrimiento,
le dijo que era un bastardo.
Y el con grande sentimiento
de ver que así le trataban,
tanto discurrió sobre ello,
que no comia de tristeza,
ni dormia con sosiego
ni trataba á sus amigos,
ni se salia á paseo,
siempre metido en su cuarto,
varios discursos haciendo,
hasta poder penetrar,
como fue su nacimiento.
Y hasta que vino su padre
de nadie pudo saberlo,
como en la segunda parte
referiré por estenso;
y como volvió á su patria,
los lances que acaecieron
en el viaje hasta España,
y su buen recibimiento,
hasta casar con la niña
que ya referida dejo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.